

**PISTAS PARA LA “LECTIO DIVINA” DEL EVANGELIO DEL DOMINGO**  
**Tercero de Cuaresma (Ciclo C) – 14 de marzo de 2004**

**LLAMADOS A LA CONVERSIÓN**  
**(Lucas 13,1-9)**

*“El nombre nuevo del éxodo y de la Pascua es la conversión”*  
(R. Cantalamessa)

**Oremos**

“¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?  
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,  
que a mi puerta, cubierto de rocío,  
pasas las noches del invierno a oscuras?

¡Oh, cuanto fueron mis entrañas duras,  
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío  
si de mi ingratitud el hielo frío  
secó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el ángel me decía:  
‘Alma, asómate ahora a la ventana,  
verás con cuánto amor llamar porfía!’

Y ¡cuántas, hermosura soberana:  
‘Mañana le abriremos’, respondía,  
para lo mismo responder mañana!  
Amén.

(De la Liturgia de las Horas)

Después de haber recorrido la etapa inicial de la cuaresma, en la cual pusimos nuestra atención en el misterio de pasión y gloria (evangelio de las “tentaciones en el desierto” y la “transfiguración en la montaña”), paradoja que despejó la ruta del caminar cuaresmal, partir de hoy comenzamos una serie de tres domingos que nos traen de nuevo a la escuela en la que se aprende a ser cristiano: la escuela del perdón. El Señor nos invita a renovar nuestra vida volviendo a las aguas bautismales donde se muere al pecado y brota el hombre nuevo en Cristo Jesús.

El orden de los evangelios en estos tres domingos, siguiendo la pista del evangelista de la misericordia (y hay un domingo en que leemos de Juan que tiene sabor lucano), constituye un camino educativo que la Iglesia nos propone para que entremos seriamente y más a fondo en el misterio de la reconciliación.

En realidad, como sucede en las autopistas, se trata de dos caminos que andan paralelos: (1) el camino de la conversión, por parte del hombre, y (2) el camino de la misericordia, por parte de Dios; si bien, el camino de la misericordia es el que marca la pauta.

Se configuran así tres itinerarios de conversión-misericordia:

(1) El llamado a la conversión que invita a un examen de conciencia que parte del discernimiento de la propia historia (Lc 13,1-9): Tercer Domingo de Cuaresma.

(2) El regreso del hijo pródigo al encuentro de la excesiva misericordia de su Padre (Lc 15,11-32): Cuarto Domingo de Cuaresma.

(3) La experiencia del perdón de la mujer condenada a muerte (Juan 8,1-11). Si en el domingo anterior se enfatizaba el perdón de Dios, en éste se acentúa el perdón que debe provenir de los demás.

En estos tres itinerarios el rostro misericordioso de Jesús va apareciendo cada vez con mayor claridad y grandiosidad.

Tenemos, entonces, hoy, el primer itinerario de conversión. Su finalidad es despertar las conciencias adormecidas y acomodadas en su estilo de vida.

Tal como se predicó desde el comienzo del evangelio de Lucas, por boca de Juan, la conversión cristiana es una conversión en la historia, teniendo en cuenta la vida cotidiana y con hechos (“*frutos*”) concretos (lo vimos en el evangelio del tercer domingo de adviento pasado). La conversión es una cuestión de responsabilidad y cada uno está llamado a asumir la parte que le corresponde.

En esta línea sigue la enseñanza de Jesús en Lc 13,1-9, pero teniendo en la mira además la misericordia de un Dios que no solamente pide conversión sino que ayuda a que ella sea posible. Tal como se dice en la parábola de la higuera estéril: “*cavaré a su alrededor y echaré abono*” (13,8).

Entremos en el texto observando cómo el llamado a la conversión se desarrolla en dos partes: (1) La consideración de dos acontecimientos de la historia que sirven de punto de partida para insistir en la exhortación: “*Si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo*” (13,1-5) y (2) La narración de la parábola de la higuera estéril, que plantea la necesidad de valorar el tiempo de la paciencia de Dios y por lo tanto no hay que aplazar el arrepentimiento (13,6-9).

***1 En aquel mismo momento llegaron algunos que le contaron lo de los galileos, cuya sangre había mezclado Pilato con la de sus sacrificios. 2 Les respondió Jesús:***

***«¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que todos los demás galileos, porque han padecido estas cosas?***

***3 No, os lo aseguro;***

***y si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo.***

***4 O aquellos dieciocho sobre los que se desplomó la torre de Siloé matándolos, ¿pensáis que eran más culpables que los demás hombres que habitaban en Jerusalén?***

**5 No, os lo aseguro;  
y si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo.»**

**6 Les dijo esta parábola:**

**«Un hombre tenía plantada una higuera en su viña, y fue a buscar fruto en ella y no lo encontró. 7 Dijo entonces al viñador:**

**"Ya hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro; córtala; ¿para qué va a cansar la tierra?"**

**8 Pero él le respondió:**

**"Señor, déjala por este año todavía y mientras tanto cavaré a su alrededor y echaré abono, 9 por si da fruto en adelante; y si no da, la cortas."»**

### **1. Los hechos nos exhortan (13,1-5)**

**1 En aquel mismo momento llegaron algunos que le contaron lo de los galileos, cuya sangre había mezclado Pilato con la de sus sacrificios. 2 Les respondió Jesús:**

**«¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que todos los demás galileos, porque han padecido estas cosas?**

**3 No, os lo aseguro;**

**y si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo.**

**4 O aquellos dieciocho sobre los que se desplomó la torre de Siloé matándolos, ¿pensáis que eran más culpables que los demás hombres que habitaban en Jerusalén?**

**5 No, os lo aseguro;**

**y si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo.»**

En el pasaje anterior a éste, Jesús educa a la gente en la importancia de hacer la lectura de los "signos de los tiempos" (ver Lc 12,54-56) y enseguida muestra que el tiempo que hay discernir es el del juicio divino (ver Lc 12,57-59).

Jesús ahora ejerce el análisis de acontecimientos que ponen a su consideración: "**En aquel mismo momento llegaron algunos que le contaron...**" (v.1<sup>a</sup>). Aparecen dos casos tremendos: (1) el incidente de la represión político-militar por parte de Pilatos en el Templo (vv.1-3) y la calamidad de un grupo de obreros en la construcción de la torre de Siloé (vv.4-5).

Se sigue siempre el mismo esquema:

(1) Se enuncia el hecho (v.1.4<sup>a</sup>)

(2) Se hace una pregunta: "**¿Pensáis que esos... eran más pecadores/culpables que los demás...?**" (v.2.4b).

(3) Se responde la pregunta y se hace una exhortación: "**No, os lo aseguro; y si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo**" (vv.3.5).

Hoy no tenemos información precisa sobre los acontecimientos referidos. El caso de la masacre de Galileos protagonizada por Pilato (13,1: "*cuya sangre había mezclado Pilato con la de sus sacrificios*") podría tratarse (1) del incidente de Cesarea en el año 26 dC; (2) el tumulto cuando la construcción del acueducto; (3) el ataque de Pilato a los Samaritanos en el 36 dC; (4) o el caso, menos probable, la matanza de 3000 judíos por parte de Arquelao durante la Pascua del 4 aC. Diversas hipótesis tenemos hoy también sobre el accidente de trabajo en la torre de Siloé que dejó 18 víctimas.

Pero lo importante es que Jesús no se queda en los acontecimientos en sí, sino que descubre dentro de ellos la voz de Dios que le advierte a cada uno sobre la inseguridad de su propio destino. Si los galileos asesinados y los jerosolimitanos accidentados no eran menos pecadores que el resto de los de su tierra y generación, entonces no hay nadie que no necesite de esté exento de la conversión, todos la necesitamos.

Dos precisiones se le hacen a la mentalidad de la gente: (1) que las calamidades individuales no indican responsabilidades individuales sino que son "signos", o sea, avisos de juicio divino que amenaza a una humanidad pecadora; (2) que las desgracias en principio no están asociadas a un castigo por parte de Dios por un pecado (como vemos en Job 4,7; 8,20; 22,4-5; Juan 9,1-2); en realidad se trata más bien de lo contrario: es el pecado en general el responsable del mal que hay en el mundo.

De todas maneras hay que sacar las lecciones que la vida nos da continuamente, sea de los hechos trágicos de la cotidianidad o sea de las calamidades naturales. Detrás de todo, el Dios de la vida continuamente nos está invitando a vivir.

## **2. El tiempo de la misericordia (13,6-9)**

### **6 Les dijo esta parábola:**

*«Un hombre tenía plantada una higuera en su viña, y fue a buscar fruto en ella y no lo encontró. 7 Dijo entonces al viñador:*

*"Ya hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro; córtala; ¿para qué va a cansar la tierra?"*

### **8 Pero él le respondió:**

*"Señor, déjala por este año todavía y mientras tanto cavaré a su alrededor y echaré abono, 9 por si da fruto en adelante; y si no da, la cortas."»*

La parábola de la higuera (13,6-9) nos dice en pocas palabras: "Si Ustedes no se arrepienten, serán derribados y perecerán, como la higuera estéril". De hecho, dentro de un sembrado, todo árbol que no sirve, que simplemente ocupa espacio, es abatido.

El curso de la parábola nos va dando detalles interesantes:

(1) Se habla de una higuera sembrada en una viña (v.6<sup>a</sup>). ¿No es extraño?

(2) Esta viña no es propiedad del viñador (v.6b). ¿Qué indica esto?

(3) El dueño ha venido tres años seguidos a buscar su fruto (v.6b-7<sup>a</sup>). ¿Estos tres años tienen algún valor simbólico?

(4) El tiempo de la espera de un año, que suplica el viñador al Patrón (v.8), ¿no será una referencia a la fe en la eficacia del “año de gracia” (Lc 4,19) anunciado en la Sinagoga de Nazareth?

El viñador tiene esperanza en la higuera, a pesar de su esterilidad constatada, él cree poder ayudarla a cambiar de situación volviéndola fecunda. El cambio será tal que el fruto esperado no será una cuestión casual, sino que será duradero: “*fruto en adelante*” (v.9).

El año más de paciencia que se le pide al viñador evoca su misericordia. Esta misericordia se hace concreta en el servicio que se le presta a la higuera para que genere vida (v.8).

De la higuera se espera una respuesta. De esta respuesta dependerá su vida en adelante. Por eso llama la atención la manera como se conjuga la misericordia (Dios le da un tiempo más) con la justicia (“*Si no da [fruto], la cortas*” (v.9). Esto equivale a decir: “El hecho que todavía estés aquí es una oportunidad que Dios te está dando. Él te ha tenido paciencia. Pero no abuses de la misericordia de Dios. Llegará un tiempo en que ya no podrás hacer nada”.

Jesús interpela a todo aquel que está siempre dejando “para mañana” la conversión, el dejar definitivamente un mal hábito, el corregir una conducta dañina. El retraso de la conversión nos coloca en una situación peligrosa. El Señor da un tiempo de espera, y no lo hace de brazos cruzados, Él hace todo lo que puede para que por fin la higuera comience a fructificar. Pero al final, “*si no da fruto, se corta*” (13,9).

Recordemos la predicación de Juan Bautista: “*Dad, pues, frutos dignos de conversión... ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles; y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego*” (3,8-9).

### **3. La conversión: un llamado a la vida**

Llama la atención en la parábola el constante llamado a la vida. La vida siempre está amenazada por razones que provienen de la maldad humana (represión militar de Pilato) o la incontrollable naturaleza (el accidente de Siloé). Pero también hay una forma de negación de la vida simbolizada en la esterilidad de la higuera.

La conversión no es simplemente para “no perecer” sino ante todo para que, por la obra de Jesús -el viñador que nos invita a tomar en serio el tiempo de sus cuidados- la fuerza escondida del Reino relance nuestra vida hacia su plenitud, desarrollando todas nuestras potencialidades en la dirección para la cual fuimos creados.

*En fin...*

El pasaje de hoy nos invita a no aplazar la conversión. La principal motivación es vivir un vida fructífera. La invitación del Señor ha resonado, no podemos echarla en saco roto.

## 4. Leamos el Evangelio con los Padres de la Iglesia

### 4.1. Ejercer la paciencia de Dios para no hacer juicios precipitados sobre alguien

*“No es lo mismo arrancar una hierba o una flor que matar a una persona. Eres imagen de Dios y le hablas a una imagen de Dios. Tú que juzgas, serás también juzgado (Mt 7,1).*

*Examina bien a tu hermano, como si debieras ser medido con la misma medida. Atento a no cortar y arrojar lejos de manera temeraria a un miembro de manera incierta, para que los miembros sanos no sufran detrimento.*

*Reprende, reprueba, exhorta. Tiene la regla de la medicina. Eres discípulo de Cristo manso y benigno, que llevó nuestras enfermedades (Is 53,4).*

*Si encuentras una primera resistencia, espera con paciencia. A la segunda, no pierdas la esperanza, todavía hay tiempo para la mejoría. Al tercer choque trata de imitar a aquél benévolo agricultor y pídele al Señor que no arranque al higo infructuoso (Lc 13,8), que no sane, que lo encamine, a través de la confesión. Quizás cambiará y dará frutos”.*

(San Gregorio Nacianceno, Sermón 32,30)

### 4.1. Como dice el dicho: “Ni raja ni presta el hacha”. Consecuencias sociales de este evangelio

*“Con gran temor se debe escuchar lo que se dice el árbol que no da fruto: ‘córtalo, para que continuar ocupando terreno?’ (Lc 13,7).*

*Cada uno, a su manera, si no hace obras buenas, al tiempo que ocupa espacio en la vida presente, es un árbol que ocupa inútilmente el terreno, porque en el puesto donde él está, impide que pueda trabajar otro. Pero hay algo peor: es que los poderosos de este mundo, si no producen ningún bien, no lo dejan hacer tampoco a aquellos que dependen de ellos, porque su ejemplo ejerce influencia como una sombra que estimula perversidad. Encima hay un árbol infructuoso y debajo la tierra permanece estéril. Los rayos del sol no alcanzan la tierra porque cuando los dependientes de un patrón perverso ven sus malos ejemplos, también ellos, permaneciendo privados de la luz de la verdad, permanecen infructuosos; sofocados por la sombra no reciben el calor del sol y permanecen fríos, sin el calor de Dios.*

*Ocupa inútilmente el terreno quien le crea dificultades a las mentes de los otros. Ocupa inútilmente el terreno quien no produce buenas obras en el oficio que tiene”.*

(San Gregorio Magno, Homía 31,4)

## 5. Para cultivar la semilla de la Palabra en la vida:

5.1. ¿De dónde provienen los llamados para que cambiemos de vida?

5.2. ¿Hay algún pecado del cual vengo aplazando continuamente la conversión? ¿Cuándo voy a dar el paso que me hará una persona libre?

5.3. ¿Daría lo mismo convertirse que no convertirse? ¿Qué pasaría si no lo hago?

5.4. ¿Cuál es la principal motivación que el evangelio de hoy me da para que de un paso de conversión? ¿Qué apoyo me ofrece Jesús?

5.5. ¿De qué forma se expresa la misericordia de Dios en este pasaje? ¿Cómo la he experimentado en mi propia vida?

P.Fidel Oñoro, cjm  
Instituto Bíblico Pastoral Latinoamericano  
Corporación Universitaria Minuto de Dios  
Bogotá, Marzo 2004

(Las notas específicas sobre el evangelio están tomadas de la revista “A la escucha del Maestro”, Paulinas, Bogotá, Marzo-2004)

**ANEXO: (PARA LOS SACERDOTES)  
ANOTACIONES SOBRE LAS OTRAS LECTURAS DE ESTE DOMINGO**

**Primera Lectura: Éxodo 3**

La liturgia de la Palabra se abre con Moisés en el Horeb. Dios le habla a Moisés desde la zarza ardiente, le revela su nombre y le confiere la misión de liberar a su pueblo. Asistimos aquí al nacimiento de la Pascua. La Pascua no tiene origen en la tierra, sino en el cielo. Nace de la compasión de un Dios que escucha el grito de los oprimidos, que ve sus sufrimientos y decide intervenir. Y para esto llama a Moisés.

Comencemos un poco más atrás. Moisés había sido educado en la corte del Faraón. En una ocasión trata de defender a un hebreo que es maltratado por un egipcio, pero el asunto acaba peor: el egipcio muere y Moisés tiene que fugarse para el extranjero. Se va a Madián. Allí se casa con Séfora, hija de Jetró, sacerdote de Madián, y vive discretamente como pastor.

Con estos primeros acontecimientos se deja claro que la iniciativa individual de Moisés no sirve para nada. La verdadera liberación viene del Señor.

Pongámonosle atención al texto:

Primero, todo comienza por las miradas. Dice el texto que “Moisés se fijó bien y vio...”. Luego que “El Señor vio que Moisés se acercaba a mirar”. Moisés está atento al signo que Dios le dio y no duda en dirigir sus pasos en la dirección en la que Dios lo espera.

Segundo, nos encontramos con la bellísima imagen del zarza ardiente, que es el signo con el que Dios convoca a Moisés para el diálogo. Al llegar a la ladera del monte “el ángel del Señor se le apareció en forma de llama de fuego, en medio de una zarza”. Era un fuego que quemaba pero no se consumía. Así sucede con la Palabra de Dios: quema nuestra vida, pero no la destruye; nos inquieta pero no nos aniquila.

Tercero, desde el fuego, Dios llama a Moisés. Este fuego tan especial se hace palabra viva, emocionante: llama a Moisés por su nombre. Moisés se da cuenta que en ese inmenso desierto del Sinaí, mientras estaba solo con su rebaño, en realidad no estaba solo ni abandonado. Dios estaba con él.

Cuarto, vemos el gesto del quitarse las sandalias. Dios lo llama: “Moisés, Moisés”. Y apenas responde la voz le sigue diciendo: “No te acerques aquí; quita las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra sagrada”. Moisés no sólo se quitó las sandalias, sino que también se tapó la cara “porque temía ver a Dios”. No se puede estar así no más en la presencia de Dios. Todavía hoy en el oriente, cuando se entra en los lugares santos hay que quitarse los zapatos. Es el sentido de nuestra pequeñez y de nuestra pobreza. Postrémonos ante aquél que es mucho más grande que nosotros, infinitamente más grande en fuerza y sobre todo en amor.



Quinto, Dios le confía la misión a Moisés. Las primeras palabras de Dios queman por un amor indignado por la opresión de Israel: “Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he escuchado su clamor en presencia de sus opresores; pues ya conozco sus sufrimientos. He bajado para librarle de la mano de los egipcios”. No es un Dios lejano e indiferente, es una zarza de amor, un fuego que quema para liberar a su pueblo. Ante esta llama tenemos que cubrirnos el rostro, que a menudo es frío y está distante. Así era inicialmente el rostro de Moisés. La proximidad de este fuego de Dios nos transforma y nos sirve de testigo.

Sexto, Dios le infunde valor y seguridad a Moisés comprometiéndose con él. Moisés, quien tenía una deuda judicial pendiente en Egipto (recordemos que mató a un egipcio por defender a un hebreo), tiene miedo de volver. Pero Dios le dice: “Yo estaré contigo”. Esto vale también para nosotros: la fuerza de un discípulo no está en sus capacidades sino en la cercanía del Señor.

Esto es muy importante. Moisés no tendrá que liberar al pueblo gracias a sus capacidades sino gracias a la seguridad que le da la Palabra de Dios. Él dirá: “el Yo Soy, me ha enviado a vosotros” (3,14).

Dios le dio una definición de sí mismo: “Yo soy el que soy”. No es una definición metafísica sino histórica: el nombre de Dios (o sea, Dios mismo) acompañará siempre a Moisés y al pueblo. Sobre el monte Horeb Dios decide estar con Israel y con los hombres: yo estaré contigo, le dice el Señor a cada hombre y a cada mujer. Y no sólo eso; yo plantaré mi tienda entre vosotros, me estableceré para siempre con vosotros; seré el Emmanuel, el Dios con nosotros.

Séptimo, para liberar a su pueblo y conducirlo, Dios ha escogido a un pastor. Dios sigue siendo el Dios de los Padres, el que guía el caminar de su pueblo. La liberación no es un acto puntual sino que pertenece a la larga cadena de los compromisos de Dios. En la primera lectura del domingo pasado vimos cómo Dios se comprometió con Abraham haciendo un pacto unilateral con él, hoy lo vemos comprometerse con su descendencia enviándoles un liberador y guía.

Detrás de todo esto está siempre la identidad del Dios de la historia revelado en la Biblia: Él siempre guía, pero no para cualquier parte, sino siempre para la plenitud de vida en la libertad de toda cadena de opresión externa o interna. Él es Dios de Padre y de hijos, de los que saben vivir y convivir con Él como en casa.

### **Salmo 103**

El estribillo escogido para acompañar responsorialmente este Salmo evoca el motivo que le expresa a Moisés para hacer la Pascua de Egipto. A Dios le duele su gente y se pone de su parte:

*El Señor defiende a todos los oprimidos.*

En la primera estrofa, el salmista bendice a Dios. Lo considera al mismo tiempo en su distancia de los hombres, ya que él es Santo, como en su proximidad con ellos, ya que él obra beneficios. A Dios se le busca en la grandeza de su nombre y también en su inmensa cercanía, en el ocuparse cotidianamente de nosotros:

***Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi ser a su santo nombre.***

***Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides sus beneficios.***

En la segunda estrofa se hace la lista de cuatro beneficios.

***Él perdona todas tus culpas***

***Él cura todas tus enfermedades***

***Él rescata tu vida de la fosa***

***Él te colma de gracia y de ternura***

De acuerdo con el pensamiento bíblico, el salmista une la sanación física con la sanación interior. Dios salva la vida del hombre de la muerte y le pone una corona o una diadema sobre la cabeza. Amor y ternura son las dos joyas ofrecidas por Dios, indicador de calidad de vida.

Luego se pasa a una dimensión más colectiva. El salmista se acuerda de los grandes favores de Dios para su pueblo y coloca sus beneficios personales dentro del gran horizonte de las bendiciones de Dios para el pueblo entero. Hace una alusión a la vocación Moisés, que leímos en la primera lectura.

***El Señor hace justicia y defiende a todos los oprimidos;***

***enseñó sus caminos a Moisés y sus hazañas a los hijos de los hombres.***

La cuarta estrofa comienza con una palabra que Dios le dirigió a Moisés en el Sinaí, en la cual se le reveló como compasivo y misericordioso (Ex 34,6).

***El Señor es compasivo y misericordioso,***

***lento a la cólera y rico en clemencia.***

Y frente a este extraordinario amor de Dios lo único que resta es asombrarse: su bondad es tan grande como la distancia que hay entre el cielo y la tierra.

***Como se levanta el cielo sobre la tierra,***

***se levanta su bondad sobre sus fieles.***

## **Segunda lectura: 1ª Corintios 10**

En la segunda lectura San Pablo le aplica a los cristianos los acontecimientos de éxodo de los hebreos y ve a Jesús salvando a su pueblo en las aguas del bautismo.

Dice: ***“Todo esto les acontecía en figura (a modo de ejemplo), y fue escrito para aviso para nosotros”*** (1 Corintios 10,11). Esto significa que no basta el éxodo físico, sino que es necesario el éxodo espiritual: no es suficiente con pasar de un lugar a otro, hay que pasar de un estado a otro, de una manera de vivir a otra. A muchos israelitas no les significó nada la salida de Egipto, porque no habían salido de sí mismos, de sus propios caprichos.

Así, según el apóstol, de poco nos sirve estar bautizados e incluso comulgar con el cuerpo del Señor y beber su sangre (el maná y el agua) si después, como sucedía en Corinto, no se abandona la antigua manera de vivir en el pecado y en la idolatría.

### **Algunas pistas para la actualización del Evangelio: Lc 13,1-9**

(Adaptado y complementado de anotaciones de R.Cantalamessa)

Y llegamos así al pasaje del evangelio: le llevan a Jesús la noticia de que algunos Galileos fueron mandados a matar por parte de Pilatos. Por el comentario que él hace de la noticia deducimos una enseñanza importantísima. Las desgracias no son, como algunos piensan, signo de castigo divino para la gente pecadora. Más bien, son una advertencia para los que quedamos. Es muy fácil echarle la culpa de las desgracias a los demás o aún a Dios, y evitar asumir nuestra propia responsabilidad. Y nuestra responsabilidad es no hacer mal sino más bien generar buenos frutos.

Esta es una clave de lectura indispensable, para no perder la fe ante los sucesos terribles que pasan cada día sobre la tierra, frecuentemente sobre gente pobre e indefensa. Jesús quiere que veamos cómo debemos reaccionar cuando, sea ahora por la mañana, o por la noche, ante la radio, la prensa o la televisión nos enteramos de hechos dolorosos. No debemos reaccionar diciendo simplemente: Ay pobrecitos. Sino más bien tomando de ahí un punto de partida para una reflexión sobre la precariedad de la vida, sobre la necesidad de estar listos y nos apegarnos exageradamente a lo que tarde o temprano ya no tendremos.

Pero el motivo por el cual se ha escogido este pasaje para el tercer domingo de Cuaresma es otro. Es que en él se dice el nombre nuevo del éxodo y de la Pascua: LA CONVERSIÓN. En el contexto cuaresmal, la palabra “conversión” nos recuerda una cosa fundamental. Dios hace el 99.9 por ciento de nuestra salvación; pero queda faltando un uno por ciento que nos corresponde a nosotros.

Una historia medieval cuenta el caso de un hombre que estaba para ser ejecutado en la plaza pública por no haber pagado sus deudas. Pasó por allí el Rey, y cuando se dio cuenta de la cosa, le pagó la mayor parte del rescate. pero faltaba todavía algo y el verdugo ya estaba listo para ejecutar la condena. La Reina entonces hizo su ofrenda y lo mismo hizo todo su séquito. Pero faltaba todavía una monedita, una sola monedita. Pero el verdugo era inflexible: hay que proceder. Entonces el condenado revisó desesperadamente sus bolsillos y encontró una monedita, justo lo que le faltaba. Y se salvó.

¿Qué es lo que hace Dios por nosotros? Para explicar esto Jesús cuenta una parábola en la que él mismo se presenta como un viñador que intercede ante el amo para salvar una higuera. Durante años el árbol no ha dado fruto y el patrón ya rabioso quiere cortarlo. El viñador insiste para que el amo espere un poquito más y lo convence. Así, esta parábola no hace sino describir nuestra vida, que a veces no da fruto, pero es salvada por la misericordia de Jesús que se ha convertido en compañero, amigo y defensor de cada uno de nosotros.

Pero él nos pide que dejemos tocar nuestro corazón. Este tiempo de la vida que hemos recibido es para nuestra conversión. Dios no pretende enviarnos desgracias para que nos arrepintamos. Pero de todas maneras se encarga de recordárnoslo frecuentemente.

La conversión no es sólo un deber, es también una posibilidad para todos, casi un derecho diría yo. No lo hagamos por miedo a un castigo de Dios, más bien por el hecho de no hacernos daño, no dañemos lo que tan amorosamente ha creado Dios, no nos vayamos hacia la ruina definitiva de todas las grandes potencialidades de vida, crecimiento y felicidad que fueron puestas en nuestras manos.

No olvidemos esto: Ninguna persona está excluida de la posibilidad de cambiar para ser mejor. Ninguna persona debe ser considerada como irrecuperable.

Hay en la vida situaciones morales que parecen callejon sin salida: divorciados vueltos a casar, parejas que viven con hijos sin casarse, personas en la casa que arrastran problemas gravísimos, quizás algún problema de droga o de delincuencia, quizás odio entre algunos hermanos, deshonestidad o malos manejos económicos, errores de los papás que alguno de los hijos puede llegar a considerar imperdonables, en fin, condicionamientos de todo tipo. Pues también para ellos hay una esperanza, una posibilidad de cambio.

Cuando Jesús dijo que era más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja que para un rico entrar en el Reino de los Cielos, los apóstoles reaccionaron asustados: “Y entonces quién podrá salvarse?”. Jesús respondió con una frase que vale también para los casos que mencioné: “Imposible para los hombres, pero no para Dios”.